

# ¿Estamos todos juntos en esto?

La pandemia ha revuelto útilmente cómo valoramos los roles económicos y sociales de todos.

Por Michael J. Sandel

El Sr. Sandel enseña filosofía política en Harvard. Su próximo libro es "La tiranía del mérito: ¿Qué ha sido del bien común?"

13 de abril de 2020

La movilización para enfrentar la pandemia y, eventualmente, para reconstruir la economía destrozada, requiere no solo experiencia médica y económica, sino también una renovación moral y política. Necesitamos hacer una pregunta básica que hemos evadido en estas últimas décadas: ¿qué nos debemos los ciudadanos?

En una pandemia, esta pregunta surge con mayor urgencia como una pregunta sobre la atención médica: ¿La atención médica debe ser accesible para todos, independientemente de su capacidad de pago? La administración Trump decidió que el gobierno federal pagaría el tratamiento de coronavirus para los no asegurados. Queda por ver si será posible conciliar la lógica moral de esta política con la noción de que la cobertura de salud en tiempos ordinarios debería dejarse al mercado.

Pero más allá del tema de la atención médica, debemos pensar más ampliamente sobre la forma en que enfrentamos la desigualdad. Necesitamos recompensar mejor las contribuciones sociales y económicas del trabajo realizado por la mayoría de los estadounidenses que no tienen títulos universitarios. Y debemos tener en cuenta las desventajas moralmente corrosivas de la meritocracia.

En respuesta a la creciente desigualdad, los principales políticos de ambos partidos, en las últimas décadas, han pedido una mayor igualdad de oportunidades, mejorando el acceso a la educación superior para que todos los estadounidenses, sea cual sea su punto de partida en la vida, puedan llegar hasta su esfuerzo y talento. Este es, en sí mismo, un principio digno.

Pero como respuesta a la desigualdad, la retórica del ascenso, la promesa de que los talentosos podrán subir la escalera del éxito, tiene un lado oscuro. Parte del problema es que no cumplimos con los principios meritocráticos que proclamamos. Por ejemplo, la mayoría de los estudiantes en colegios y universidades altamente selectivos provienen de familias acomodadas. En muchas universidades de élite, incluidas Yale y Princeton, hay [más estudiantes](#) del 1 por ciento superior que del 60 por ciento inferior del país.

También hay un problema más profundo: incluso una meritocracia perfecta, en la que las oportunidades de avance fueran realmente iguales, corroería la solidaridad. Centrarse en ayudar al talentoso trepador por la escalera del éxito puede evitar que nos demos cuenta de que los peldaños de la escalera están cada vez más separados.

Las meritocracias también producen actitudes moralmente poco atractivas entre quienes llegan a la cima. Cuanto más creemos que nuestro éxito es nuestro propio hacer, menos probable es que nos sintamos en deuda y, por lo tanto, obligados a nuestros conciudadanos. El implacable énfasis en el ascenso y el esfuerzo alienta a los ganadores a inhalar demasiado profundamente su éxito y a menospreciar a quienes carecen de credenciales meritocráticas.

Estas actitudes acompañaron la globalización impulsada por el mercado de los últimos 40 años. Aquellos que cosecharon la generosidad del outsourcing, los acuerdos de libre comercio, las nuevas tecnologías y la desregulación de las finanzas llegaron a creer que lo habían hecho por su cuenta, que sus ganancias eran por lo tanto debidas.

La arrogancia meritocrática y el resentimiento que provoca están en el corazón de la reacción populista contra las élites. También son fuentes potentes de polarización social y política. Una de las divisiones políticas más profundas en la política actual es entre aquellos con y sin un título universitario de cuatro años.

En las últimas décadas, las élites gobernantes han hecho poco para mejorar la vida de los casi dos tercios de los estadounidenses que no tienen un título universitario. Y no han logrado confrontar lo que debería ser una de las preguntas centrales de nuestra política: ¿cómo podemos asegurarnos de que los estadounidenses que no habitan en las filas privilegiadas de las clases profesionales encuentren un trabajo digno que les permita mantener a una familia, contribuir a su comunidad? y ganar estima social?

A medida que la actividad económica pasó de hacer cosas a administrar dinero, a medida que la sociedad prodiga enormes recompensas a los administradores de fondos de cobertura y a los banqueros de Wall Street, la estima otorgada al trabajo tradicional se ha vuelto frágil e incierta. En un momento en que las finanzas han reclamado una mayor parte de las ganancias corporativas, muchos de los que trabajan en la economía real, produciendo bienes y servicios útiles, no solo han soportado salarios estancados y perspectivas de trabajo inciertas; También han llegado a sentir que la sociedad otorga menos respeto al tipo de trabajo que realizan.

La pandemia de coronavirus nos ha obligado repentinamente a reconsiderar qué roles sociales y económicos son más importantes.

Muchos de los trabajadores esenciales durante esta crisis realizan trabajos que no requieren títulos universitarios; son camioneros, trabajadores de almacenes, trabajadores de reparto, oficiales de policía, bomberos, trabajadores de mantenimiento de servicios públicos, trabajadores de saneamiento, cajeros de supermercados, empleados de almacén, auxiliares de enfermería, auxiliares de hospitales y proveedores de atención domiciliaria. Carecen del lujo de trabajar desde la seguridad de sus hogares y celebrar reuniones en Zoom. Ellos, junto con los médicos y enfermeras que atienden a los afectados en hospitales superpoblados, son los que ponen en riesgo su salud para que el resto de nosotros podamos buscar refugio contra el contagio. Más allá de agradecerles por su servicio, debemos reconfigurar nuestra economía y sociedad para otorgarles a dichos trabajadores la compensación y el reconocimiento que refleja el verdadero valor de sus contribuciones, no solo en una emergencia, sino en nuestra vida cotidiana.

Tal reconfiguración implica más que debates familiares sobre cuán generoso o austero debería ser el estado del bienestar. Requiere deliberar como ciudadanos democráticos sobre lo que constituye una contribución al bien común, y cómo se deben recompensar tales contribuciones, sin suponer que los mercados pueden decidir estas preguntas por su cuenta.

Por ejemplo, ¿deberíamos considerar un subsidio salarial federal para garantizar que los trabajadores puedan ganar lo suficiente para mantener a las familias, los vecindarios y las comunidades prósperas? ¿Deberíamos reforzar la dignidad del trabajo cambiando la carga impositiva de los impuestos sobre la nómina a los impuestos sobre las transacciones financieras, la riqueza y el carbono? ¿Deberíamos reconsiderar nuestra política actual de gravar los ingresos del trabajo a una tasa más alta que las ganancias de capital? ¿Deberíamos alentar la fabricación

nacional de ciertos productos, comenzando con máscaras quirúrgicas, equipo médico y productos farmacéuticos, en lugar de promover la subcontratación a países de bajos salarios?

Incluso cuando retroceden, las pandemias y otras grandes crisis rara vez dejan los arreglos sociales y económicos como estaban. Depende de nosotros decidir cuál será el legado de este episodio desgarrador. Nuestra mejor esperanza es perseguir las insinuaciones de solidaridad implícitas en este momento para replantear los términos del discurso público, para encontrar nuestro camino hacia un debate político moralmente más sólido que el rencoroso que tenemos ahora.

La renovación moral y cívica que necesitamos requiere que resistamos el debate angustiado pero mal concebido que ahora emerge sobre cuántas vidas deberíamos arriesgar en aras de reiniciar la economía. Este debate supone que la economía es como una tienda de la calle principal que enciende las luces después de un largo fin de semana y reabre sus negocios, como antes.

La verdadera pregunta no es cuándo sino qué: ¿qué tipo de economía surgirá de la crisis? ¿Será uno que continúe creando desigualdades que envenenen nuestra política y socaven cualquier sentido de comunidad nacional? ¿O será uno que honre la dignidad del trabajo, premie las contribuciones a la economía real, brinde a los trabajadores una voz significativa y comparta los riesgos de mala salud y tiempos difíciles?

Tenemos que preguntarnos si reabrir la economía significa volver a un sistema que, en las últimas cuatro décadas, nos separó, o si podemos salir de esta crisis con una economía que nos permita decir y creer que somos todo en esto juntos.